

21 Lecciones para el siglo XXI, de Yuval Noah Harari

Aida Betzabe Vargas-Bernache

Del autor de *Sapiens*

Yuval Noah Harari

21 lecciones para el siglo XXI



DEBATE

Yuval Noah Harari, *21 lecciones para el siglo XXI*, ISBN: 8499928676, Barcelona, Debate, 408 pp

Desde que el ser humano abandonó las copas de los árboles y las grandes praderas de África, ha dejado una huella más fuerte y percedera que los antílopes o mamuts que cazaba. Una huella que se hace más presente en este último siglo mediante la inteligencia artificial (IA), la biotecnología (dónde el hombre está empezando a jugar a ser Dios), las nuevas políticas y economías pasando por las comunicaciones, religiones y la misma sociedad en general. Yuval Noah Harari nos expone de manera clara, sencilla, pero al mismo tiempo objetiva y reflexiva este último siglo que recién parece mostrar su cara tras una máscara dudosa.

Este autor posee la ventaja de “poner las cartas sobre la mesa” a la hora de analizar y debatir todos los aspectos humanos que se han forjado. Dividido en cuatro partes expone los aspectos más fundamentales, comenzando con el Desafío Tecnológico con un capítulo titulado “Decepción”. No muchos escritores escribirían un título que inmediatamente nos expone a aquello que intentamos negar o reprimir. Al ser realista, pone sin máscaras de “optimismo falseable” o “desesperación apocalíptica” la historia y realidad de la política actual en el mundo donde nos resume que la democracia, hija del liberalismo (Forjado en los siglos XVIII y XIX) es una hija del siglo XX pero no está lista para el siglo que nos caracteriza debido a la irrupción de la tecnología en todas sus variantes en los capítulos Trabajo, Libertad e Igualdad, “que vino para quedarse” desde que Deep Blue ganó en 1997 a Kasparov en un partido de ajedrez, su irrupción cómo los paradigmas que plantea son inquietantes pero fascinantes. Pronto la pregunta del millón de dólares será más urgente de responder ¿Es mejor dejar a un autómata o a un algoritmo realizar todas las tareas humanas? (desde conducir un automóvil, programar e inventar gustos musicales hasta decidir la naturaleza de una guerra o un asunto de concepción y realización humana) y para ello el autor invita a todos los sociólogos, filósofos, abogados, científicos y antropólogos a formular un nuevo código de ética y moralidad que pueda alumbrar este camino que hemos construido. Pero esta nueva era de automatización conlleva la posibilidad de que los seres humanos volvamos según palabras del autor “irrelevantes” al cambiar todo nuestro ambiente y a nosotros mismos. Esto podría ser contraproducente al confiar toda nuestra vida, identidad y guía moral a los algoritmos, siendo “esclavos” autómatas

o “especies mejoradas” que viven dentro de una matriz controlada por unos pocos que posean “todos los datos”. En lo personal no me agrada la idea de que mi celular, mi computadora o hasta una aplicación terminen armando mis playlists, eligiendo películas o hasta “clasificarme” sólo por qué forman parte de mi rutina diaria sin tomar en cuenta que mi yo no puede ser totalmente definido por un algoritmo. El relato de *Matrix* (película de 1999) puede o no hacerse real, todo depende de a quién o qué estamos confiando nuestros datos y qué tan conscientes estamos a la hora de comprar un artículo o elegir una canción. Hay que empezar a vivir de nuevo y dejar que la tecnología sea una “herramienta o asistente de trabajo” para nosotros y no nuestra sustitución, Yuval nos da un punto de vista intermedio pero tranquilizador para todos: Puede que algunos empleos se pierdan para siempre, pero eso no quiere decir que será el fin del empleo para muchas personas. Existen empleos que pueden cubrir las necesidades básicas y universales en cualquier ámbito. Las nuevas ofertas laborales serán gigantescas que ni siquiera se hubieran siquiera vislumbrado en las mentes de nuestros antepasados, por mencionar ejemplos que veo todos los días; profesores online, programador de videojuegos, creadores de podcasts, etc. La respuesta que dice el autor se puede resumir en “Adaptarse y realizarse”. Otro problema al lado del increíble despliegue de tecnológico es el cambio climático (un mal que surgió de las entrañas del capitalismo desmedido de la Revolución Industrial, otra hija del liberalismo) que ha cambiado nuestra manera de relacionarnos con nuestro planeta y que se ha convertido en un mal que amerita propuestas sustentables en ámbitos políticos y económicos. Aquí me atrevo a agregar que empleos relacionados con ciencias de la vida (Biología, Química, Genética, Ciencias Ambientales, etc.) se convertirán en las próximas carreras más demandadas en un futuro no muy lejano. Con todo este escenario, el autor hipotetiza que la democracia puede terminar “dividiendo” a los países bajo oligarquías, dictaduras o neoliberalismos especulares. Más al final del primer capítulo propone la idea de la perplejidad como un primer paso para armar un nuevo relato que permita a cada país un desarrollo tecnológico que vea todas las caras del prisma. ¿Perplejidad? Tal vez se lo discuta mucho al autor, ¿en cuánto tiempo nos hemos de quedar en esa etapa? No podemos quedarnos en el estado de la perplejidad para siempre, será casi como aceptar fríamente la realidad, pero eso no significa que uno no haga nada. No digo que los problemas se vayan a solucionar de un día para otro, pero será mejor que nos empecemos a mover. El mundo no nos esperara siempre.

En la segunda parte, el autor expone el Desafío Político desglosando la realidad de las redes sociales (pone a Facebook de ejemplo categórico) y su amarga ironía de “en el afán de querer acercarse a las comunidades, las ha disgregado y casi extinguido”, aunque deja entrever la esperanza de que estas empresas de datos propongan una solución que impida dicha situación al armar “comunidades en red, comunes a los intereses, gustos o fines que caractericen a cada uno” a varias personas. ¿Pero qué pasa en el caso de los países? En los capítulos de Civilización, Inmigración y Nacionalismo, el autor relata de cómo de simples tribus humanas con diferentes orígenes, costumbres y lenguas terminaron formando países como Alemania, Francia o EUA, como el cambio es y será la única constante de éstas, [Por poner un ejemplo de mi autoría inspirado en la lectura del libro, México o los Estados Unidos Mexicanos (nombre oficial de México) no puede llamarse náhuatl o español en su totalidad, somos el producto del mestizaje (tanto genético como cultural) de españoles, indígenas, africanos y hasta asiáticos. Al mismo tiempo nuestra sociedad ha experimentado diversos tipos de políticas y economías, desde la teocracia y el trueque hasta la democracia y el libre comercio y aún así tenemos cosas que nos distinguen de otros países como cantar mariachis en honor al 15 de septiembre, comer chile en cada platillo típico o la vestimenta de cada estado], pero también de cómo al creer el relato de “mi país es el único por el cual vivir y morir” simbolizados con mayor fuerza durante el imperialismo del siglo XIX y las Guerras Mundiales del siglo XX como hijas suyas, terminaron olvidando que hay vecinos políticos que también tienen sus propias identidades e historia. Con la inteligencia artificial ganando terreno en cada ámbito humano, la amenaza de las armas nucleares y el problema del calentamiento global, el autor nos insta a todos a tener una visión global de los problemas actuales, a ser más empáticos con lo diferente, con la “otredad” (cómo diría Sartre), con lo extraño siempre y cuando respetemos la famosa regla de oro. La discriminación, la xenofobia y el racismo ya no serán viables en este nuevo siglo si no queremos crear un Leviatán hobbesiano y esto también va para la religión. Debemos dejar atrás mentalidades de fariseos y orgullo desmedido al querer imponer una “sola religión que diga que este Dios es el único y verdadero”. Atrás deben quedar las ideas de “Realizo X acción porque mi Dios así lo ordenó o lo quiere, o porque ellos son transgresores de las leyes divinas sólo por qué son diferentes a mí”. Una verdadera religión busca paz y bienestar con toda persona sin importar su género, lengua, color de piel, creencia o costumbres. Un ejemplo de tener semejante visión futurista nos la da el autor al mencionar

los Juegos Olímpicos, el dólar y la ciencia. Ambos no son entidades orgánicas o una persona en común. Son símbolos, representaciones mentales de un concepto: la paz y la economía mundial. Una persona puede ser hindú, mexicana o alemana, pero al ver la bandera blanca con los clásicos aros de colores, un billete de 20 dólares o leer un libro de relatividad general reconoce de inmediato lo que representan y qué beneficios le otorgan a corto, mediano y largo plazo en cualquier ámbito de su vida.

En la tercera parte, llamada Desesperación y Esperanza, se vislumbran los dos rostros de Jano bajo los nombres Terrorismo, Guerra, Humildad, Dios y Laicismo. Dichos nombres nos muestran el lado más macabro y oscuro de la humanidad con la destrucción del alma de un ser humano por el teatro del miedo y de la estupidez humana. Sí, tanto la bomba atómica de 1945 como el polémico 11 de septiembre fueron actos creados por gente que en la desesperación de hacerse oír y ver en un mundo que ignoraba qué dirección tomar (la ignorancia es la que termina produciendo los peores males cita la famosa película protagonizada por Scarlett Johansson, *Lucy* de 2014. En este siglo puede que se convierta en un clásico de culto como *Star Wars* o *Jurassic Park*). Se puede afirmar sin ninguna duda que la humanidad tomó una pastilla de “pesadilla y apocalipsis” para encontrar quizá alguna razón para justificar su orgullo o arrogancia desmedidos. ¿Qué probabilidades tenemos de un apocalipsis nuclear o un terrorismo sin fin? El autor nos tranquiliza diciendo que, aunque naciones como EUA o Rusia tengan todo listo para atacarse entre sí o invadir otro país, la realidad es que “se acabaron las justificaciones reales para hacer una guerra que tenga sentido”, no vale ni el costo humano ni monetario para realizar algo así, parece que las naciones prefieren resolver sus propios asuntos antes que izar una bandera en suelo extranjero. En cuanto al terrorismo, el autor opina que es una mascarada llena de miedo y odio que termina por derrumbarse en cuanto los gobiernos dejen de jugar sus juegos maquiavélicos. Es un teatro de marionetas mientras se siga abriendo la función. Aunque con esto el autor no nos dice de manera explícita que no tengamos cuidado a la hora de cruzar la calle o promover la seguridad de nuestros vecinos o que vaya a haber una guerra nuclear, simplemente que todos (incluidos los políticos del mundo) debamos enfocarnos en las prioridades que sí ayuden a vivir mejor y solucionar las cuestiones “que a primera vista no parecen importantes, pero pueden convertirse en un tsunami” ahora que tenemos tiempo. Tanto el autor del libro y la autora de este ensayo coinciden en un punto que debe ser recordado. No somos el centro del universo ni la última limonada del

desierto como dice el dicho popular. Tan sólo somos la vida que intenta reconocerse a sí misma dentro de un ambiente cambiante. Es curioso cómo en el capítulo de “Humildad”, el autor siendo de nacionalidad israelí, ponga en “jaque mate” las creencias de su país natal para finalmente concluir que su nación es una como tantas otras y su pequeño papel dentro de la historia del universo. Me pregunto si en México habrá algún valiente que se encargue de hacernos ver la realidad detrás de los “mitos y leyendas” de nuestro país para saber qué hacer en un futuro no muy lejano. ¿Entonces que queda? En el polémico capítulo de Dios, el autor declara una verdad inconmensurable: El hombre forja su propia idea de Dios desde tiempos inmemoriales. Por citar un ejemplo de mi autoría que corrobora esta idea recordemos que los griegos tenían una gama increíble de dioses que decían ser justos y compasivos, cuando el crudo análisis es que eran violentos, borrachos y adúlteros, el Dios “cristiano” de la Edad Media era iracundo con los “infieles” y “librepensadores” y puedo seguir hasta la eternidad. El autor dicta que sus libros sagrados, sí ofrecen normas y consuelo a millones de personas, aunque hay un gran pero que capta mi atención, dichas normas se establecieron cuando los humanos vivíamos en tribus de apenas unos cuantos individuos donde era importante permanecer unidos para sobrevivir en un ambiente donde podía uno terminar violado, asesinado o perseguido (este punto de vista también se expone en el capítulo de Religión), con esto no dice que esto no ocurra en nuestro siglo, lo que lo diferencia es la magnitud, una escala global donde ocurren tantas situaciones que difícilmente “cabén dentro de una sola categoría”. Ahora viendo este panorama, me pongo a pensar... ¿Es correcto usar falda corta o larga? ¿Es correcto llevar a una persona al médico aún si es día sagrado? ¿Debo pintarme o no el cabello? Al final, coincido con el autor, al decir que puedo creer, rezar o ir a la iglesia que quiera siempre y cuando sea una persona amorosa, compasiva y equitativa con los que me rodean. Una persona egoísta y amargada o un lugar donde se promueve el odio y el miedo termina siendo más peligrosa para sus semejantes, independientemente de su religión o concepto divino. ¿Qué lección se aprende de todo esto? Yuval dice: “Aceptar nuestras sombras es una gran lección que nos enseña el Laicismo. Si algo pueden enseñar con el ejemplo, son los valores de compasión, responsabilidad, valentía, libertad e igualdad. Son sus principios fundamentales al comprender lo que la injusticia y el sufrimiento causan en el mundo”. Esto no quiere decir que tenga uno que abandonar su religión o justificar el mal proceder, sino seguir haciendo el bien sin mirar a quién, con conciencia de que lo que haces hoy repercutirá tal vez

no en tus hijos o tus obras, pero sí en la historia futura. Mi opinión dicta que eso es libertad y verdad en su sentido más puro, es lo que aspiraban realmente ilustradores como Voltaire y Rousseau con su Enciclopedia y los Derechos Humanos, suena a una quimera, aunque... ¿Quién dice que la ficción no termina siendo verdad? Conuerdo con el autor al fiar mi vida, una política, una economía o hasta un dogma religioso con alguien que admite su “lado oscuro, sus defectos, su sombra” pero que se esfuerza por convertirla en luz, verdad y humildad.

¿Pero si las religiones, nuestra política y economía, nuestra propia civilización han estado sostenidas por relatos como sostiene Yuval (considerando que un relato siempre nos ha servido para ejemplificar una causa, un sentimiento, una razón o hasta la naturaleza) ¿Qué nos queda? ¿Aceptar una posverdad donde todo es artificial, carente de sentido y de vida, donde un punto de vista nihilista sea nuestro pan de cada día? ¿O tal vez simplemente cambiar nuestros puntos de vista hacia una visión más sencilla y realista? Las partes cuatro y cinco tituladas “Verdad” y “Resiliencia” nos dan dicha visión. A lo largo de la historia humana, el hombre ha tratado de definirse a sí mismo, encontrar las causas y consecuencias de sus acciones y buscar su identidad; para ello se ha servido de dichos relatos, donde se han usado metáforas para diferenciar lo bueno y lo malo. En el capítulo de “Significado”, salta a mi atención que defiende a capa y espada la idea de que la vida no es un relato y uno debe vivir el aquí y ahora. Deduzco que debido a que pone de ejemplo los relatos fascistas o de Disney que desvían a la gente de la realidad y no permiten diferenciar la bondad y la maldad tal cual es. Pero eso se le pudo discutir, el ser humano siempre querrá contar a otros sus experiencias y emociones. Incluso si una persona siguiera al pie de la letra su consejo, querrá compartir sus experiencias de “vivir y meditar el presente” con otro, ya sea por un diario o un chisme, los relatos siempre van a existir y por otro lado, los relatos no han perdido su pericia y encanto, han comprendido que la vida es más compleja de lo que aparenta (el autor, por ejemplo, dice que no logra entender por qué en la saga de Harry Potter, los magos oscuros o mortífagos seguían al villano si era representado de apariencia tosca y fea, una idea simplista. Puedo responder a su pregunta diciendo con sencillez que conozco a profundidad la saga y ha contestado su pregunta sin darse cuenta. El villano de la saga era bello pero sus impulsos egoístas lo transformaron. La maldad y el egoísmo se disfrazan de belleza deslumbrante y palabras convincentes que hacen caer a sus seguidores. La verdadera bondad y autorrealización no necesitan de belleza o fama para triunfar). Otra vía por la

que responde el ser humano el estado de las cosas es la información analizada en la naturaleza misma, información que es transmitida por la educación. Sin embargo, Yuval asegura que ésta ya no debe ser memorizada y catalogada o usada como un “adorno” para conseguir poder o estatus. La educación debe ser adaptativa y enseñar valores que permitan a una persona del 2050 o hasta del año 3000 poder dejar una huella en el mundo, sin que ésta afecte para mal a otros. Ahora me viene a la mente la imagen de la justicia representada por una mujer sosteniendo una balanza mientras que porta una espada y tiene vendados los ojos, hoy debe comenzar su recorrido en la sociedad más que nunca. El autor señala que ya no contarán puntos de vista minimalistas, chantajistas de emociones, dogmas autoritarios y ciegos y teorías conspiratorias. Es hora de un pensamiento global y no individualista. Aunque ignoremos en qué condiciones estaremos en dichos años, Yuval nos da esperanza con tres verdades que nunca cambiarán su esencia y pueden ser una guía docente fiable para nosotros y nuestros descendientes. Una, parafraseando a Paulo Coelho con una frase escrita en su libro *La quinta montaña* : El cambio es inevitable, forma parte de la vida, y somos nosotros los que nos movemos o nos hundimos, pero aprendemos con él. Dos, Nuestras vidas tal vez no sean esos relatos que hemos creído por siglos y generaciones o las creencias de nuestros ídolos humanos o divinos, somos simplemente una creación que evolucionó hace millones de años, que sigue, tiene consciencia de sí misma, construye su propio destino, puede desviarse a veces o dejarlo, pero no puede renunciar a ser lo que es. Tres, observa y medita tu realidad. Simplemente hay que dejar ser al presente, respirar y concentrarse en lo que ocurre en este preciso instante para darse cuenta de a dónde nos dirigimos. Como conclusión puedo pensar que quizás el único himno y bandera que caracteriza a este nuevo siglo, hijo de las revoluciones industriales y de los movimientos liberales, de los movimientos capitalistas y socialistas, con el olor a pólvora y plutonio, pero también a tecnologías que redefinen su rostro y filosofías indecisas, será una frase atribuida a los existencialistas (Heidegger, Sartre, Kierkegaard, Nietzsche, etc.) que dilucidaron, definieron, analizaron y debatieron al decir: “Somos consciencia tirada a mundo, donde el mundo ya es,...y lo seguimos creando”.



Nervios (2020). Fotografía Fine Art: Frank Diamond.

Prohibida su reproducción en obras derivadas.

AIDA BETZABE VARGAS BERNACHE. Licenciada en Biología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Profesora de biología, literatura e historia, y divulgadora cultural.

Recibido: 6 de diciembre de 2020

Aprobado: 20 de febrero de 2021